

CAPÍTULO X

Infidelidad

La infidelidad es un motivo de consulta frecuente. Nuestra impresión es que, cuando se produce una infidelidad por parte de uno de los miembros de la pareja, si llega a conocimiento del otro, este se ve enfrentado a un verdadero terremoto emocional.

Sin duda que todos tenemos conocimiento de parejas que, habiendo pasado por esta demoledora experiencia, son capaces de salir adelante solas, suavizando los dolores y posteriormente recuperando la confianza en el otro. También conocemos parejas que han logrado una pseudo solución en la medida que la desconfianza se apodera de la tónica emocional de la relación. Así como hay muchas otras en que la infidelidad de cualquiera de los dos ha puesto término a su relación. La mayoría de las parejas que nos vienen a consultar, producto de una infidelidad, son las que tienen la secreta esperanza de ser capaces de poder continuar con su vida juntos, pero donde principalmente quien ha sido víctima de la infidelidad siente que no puede sobrepasar el dolor y que este es recurrente, a pesar de él/ella.

En distintos momentos de este libro hemos mencionado que la pareja está constituida sólo por dos personas. Esto responde a la necesidad que surge en la relación de ser únicos el uno para otro, de saber que se pertenece a un mundo sólo compartible, vivible entre dos. Que el mundo puede cambiar o alterarse, pero que, al final del día, nos sabemos permanentes en esa privacidad de este "nosotros" leal, constante, presente. Presencia independiente de los enojos o frustraciones de la vida cotidiana. Presentes en una exclusividad de la intimidad, complicidad y lealtad basados en la confianza básica en el otro.

Quien es objeto de la infidelidad siente que todas esas definiciones más primarias de su relación con el otro se rompen y despedazan. El acto de infidelidad contiene, como parte de sí mismo, la mentira. Y contiene, también por definición, el hecho de que el ocultamiento tiene que ver con estar viviendo y compartiendo con otro aquello que sabemos nos hemos comprometido a compartir, vivir, sólo con nuestra pareja. La infidelidad, por lo tanto, es vivida como un ataque al cimiento de la relación: la confianza en el otro.

El o la infiel es descubierto en su historia paralela usualmente porque el otro lo llega a saber a través de un tercero o porque encuentra evidencias (números telefónicos, e-mails, etc.), producto de entrar en la desconfianza. En otras situaciones el/la infiel se lo cuenta al otro. Cuando se da este último caso usualmente suele vincularse con la intención de poner encima de la mesa la gravedad del estado de la relación y muchas veces con el propósito de terminarla, o porque el lazo de infidelidad terminó y los sentimientos de culpa de él/ella no lo/la dejan tranquilo.

Dinámica interna

¿Qué tiende a ocurrir en las dinámicas de pareja cuando consultan porque uno de los dos ha sido infiel? Aunque todas las parejas lo enfrentan en forma diferente, comentaré algunos casos recurrentes.

Ana y Gabriel, 38 y 44 años respectivamente, consultan porque él fue "pillado" en una infidelidad. Pero esto había ocurrido hace cuatro meses. Por qué consultaron en ese momento y no antes tiene que ver con la siguiente dinámica: cuatro meses antes Ana encuentra en los e-mails borrados del computador una nota de Gabriel a Susana, nota en que le dice que está desvelado pensando en ella y echando de menos los exquisitos momentos pasados juntos noches atrás. Ana decide confrontar a Gabriel con su lejanía, en la esperanza de que este le cuente que está siendo infiel. Gabriel le responde que los dos están igualmente lejanos, que ella ha estado absolutamente dedicada a sus cosas y que, efectivamente, tienen que hacer algo al respecto. Ella, destrozada, lo confronta con el e-mail. Él, por su parte, siente que se le abre el piso, confiesa su infidelidad y la minimiza diciendo que no ha pasado nada, que fue sólo una salida, que no tuvo importancia. Ana no le cree. Lloro, se desespera, le dice que ha destruido todo, que no sabe si es capaz de seguir con él. Él le pide perdón. Insiste en que fue un error, que no toca su amor por ella. Ella se deprime, lo echa del dormitorio, no quiere que se le acerque. Gabriel intenta una aproximación por distintos caminos sin éxito, y, en un momento, la confronta con la responsabilidad que ella tiene en esta situación, en la medida que lo tenía "absolutamente botado". Que siempre estaba lejana y cansada cuando él quería hacer el amor.

Sorprendentemente, esta acusación de Gabriel le produce a Ana un cierto grado de apertura hacia él. Lo deja volver al dormitorio, en forma casi compulsiva, se le acerca, lo abraza entre llantos y hacen el amor. Y entonces se abre otro calvario. Ana quiere saber quién es esa otra persona, cuánto tiempo duró la relación, que la convenza de que terminó absolutamente, que dónde fueron las veces que salieron, qué hicieron, qué no hicieron, de qué hablaron, de qué no hablaron, cómo es, por qué le gustó, etc. "O sea que cuando salimos a comer esa noche tú ya estabas con ella; ayer me dijiste que sólo habías salido tres veces con ella, y esto que me estás diciendo fue mucho antes, así que de nuevo me estás mintiendo..."

Gabriel ya no sabe qué hacer y por eso consultan. Encuentra esta situación insana. Me dice que Ana lo despierta en la noche para continuar este interrogatorio. Piensa que hay algo morboso en ello. Ana, a su vez, quien se ve en un estado deplorable, insiste en que si existiera alguna posibilidad de salir adelante juntos, ella tiene que saber con claridad qué pasó con esta otra mujer. Que Gabriel insiste en dar vuelta la hoja como si nada hubiese pasado. Y que, de hecho, a ella el mundo se le hizo trizas. Él argumenta que está siendo especialmente amoroso con ella pero que le dan ganas de salir arrancando, porque cuando se establece alguna cercanía ella empieza de nuevo a preguntar y a llorar. Ana dice que Gabriel apenas le pidió perdón, que lo dijo casi al pasar y sin sentirlo. Que si no siente de verdad arrepentimiento, ¡cómo va a volver a creer!, que quién le asegura que "esto" no se va a repetir, y que ella no podría jamás pasar

por algo así de nuevo. Que Gabriel, en vez de disculparse, la hace responsable a ella de su infidelidad. Que qué le pasaría a él si las muchas veces que han estado mal ella se hubiese involucrado con otro hombre. Que eso jamás se le hubiese pasado por la mente y que oportunidades por supuesto no le han faltado. Que jamás tuvo ni siquiera la idea de hacerle algo así.

Gabriel dice que inicialmente le pidió perdón, que ella ni lo escuchó, pero que efectivamente ella lo tenía botado hacía tiempo.

Interrogar y pedir perdón

Dejo este relato aquí para hacer algunos comentarios respecto de la "petición de perdón" de Gabriel y del "interrogatorio" de Ana.

Efectivamente, al inicio de este episodio, Gabriel le pide perdón a Ana. Pero lo hace de tal manera que más bien apunta a un "perdón" cuyo propósito es aplacar la gravedad de la situación y no un "perdón" relativo a su responsabilidad en haber atentado contra los cimientos fundamentales de la relación. El hecho de que Gabriel luego plantee una mutua responsabilidad por haber sido infiel asusta a Ana (por el temor de sentirlo a él enrabiado y con riesgo de abandonar la relación), lo que la hace responder con un acercamiento, pero la deja más dolida y enrabiada aún, sintiendo que algo está muy mal, que no sólo tiene que tragarse ese inmenso dolor sino asumir sus propias culpas en la historia.

La práctica clínica nos ha hecho ver que, efectivamente, cuando aparecen terceros en una relación de pareja, un número importante de las veces sucede porque la relación ha dejado el espacio para que este aparezca. Es de hecho un sin sentido pensar que si alguien cree que tiene una rica relación de pareja, donde se da un mundo de conversación con la complicidad, sensualidad, lealtad que esto implica, esté dispuesto a perderlo descuidando su mirada para involucrarse con otro, con el posible costo de perder aquello que siente como fundamental. Pero, habiendo dicho esto, queremos también de inmediato aclarar que la persona infiel es absolutamente responsable él o ella *solo/a* de su infidelidad. La opción de involucrarse con otra persona en el ocultamiento de esta relación a su pareja es una opción libre. Sentir que uno está involucrado en una mala relación de pareja no le quita responsabilidad al infiel, debido a que la solución para enfrentar esta mala relación tiene otros caminos posibles que no pasan necesariamente por la infidelidad y la mentira. Es así, entonces, que para poder resolver el dolor de la infidelidad en el otro se hace necesaria una muy explícita petición de perdón junto con una muy explícita promesa de que nunca más se la tomará como un camino posible frente a dificultades dentro de la relación. Si la infidelidad, como una opción entendible queda vinculada a una mala relación de pareja, la reinstauración de la confianza se hace imposible. Sólo se podrá empezar a cerrar ese doloroso capítulo en el compromiso de que en cualquier momento de la vida conjunta, cuando cualquiera de los dos se sienta insatisfecho esto será confrontado dentro de la relación y nunca de nuevo se tomará como una opción la infidelidad.

¿Y qué pasa con Ana? ¿Está en un espacio de morbosidad al realizar este interrogatorio? En su efecto, aparece como una situación loca; sin embargo, en su intención es un deseo desesperado de sentir que Gabriel vuelve a depositar su lealtad en la relación con ella; que al responder este interrogatorio está dispuesto a desproteger a esa otra persona, a no mantener secretos con ella, a entregar, a diluir el significado de lo secreto, de lo oculto, de lo ilegítimo, al abrirlo dentro de su relación. Es un desesperado intento de hacer desaparecer espacios de misterios y significaciones en que Ana queda excluida. Que no haya más complicidad entre los amantes. Que Gabriel esté dispuesto, al abrir ese espacio, a perder, a destruir esa complicidad, y a volver a situarla en su relación con Ana.

Perdón, olvido y confianza

En otra ocasión posterior en la terapia, en que esta pareja había pasado por momentos significativos en pos de su recuperación, Gabriel dice que Ana no lo ha perdonado. Ella dice que sí lo perdonó pero que, a pesar de sí misma, no puede olvidar.

Entre el momento del inicio de la consulta y este, Gabriel había asumido muy claramente su responsabilidad en la provocación del dolor de Ana y del terremoto emocional que se produjo dentro de la relación a partir del quiebre de la confianza. Había hecho una petición de perdón coherente y veraz, había dado muestras de que su lealtad básica estaba con Ana, respondiendo una y otra vez preguntas que a él le parecían innecesarias, y Ana finalmente dijo perdonarlo. Es en este contexto cuando Gabriel insiste en que ella no lo ha perdonado. Y que además tiene la sensación de que las preguntas seguirán de por vida, y que él no lo resiste. Que en cualquier momento grato entre ellos Ana sale de nuevo con alguna pregunta como "¿estuviste alguna vez aquí con ella?", echando a perder absolutamente todo, y llevándolos a terminar rápidamente cualquier salida con un amargo sabor. Que la vida así por delante no tiene sentido.

Ana confirma que, en efecto, Gabriel le pidió perdón muy de verdad; que ella le cree; que lo perdonó pero que, a pesar de ella, se le "vienen estas imágenes a la mente", que ahí es cuando le empieza a hacer preguntas de nuevo y que lo único que querría es olvidar pero que, "no puede".

Gabriel agrega que lo ha perdonado tan poco, que mantiene una desconfianza total en él; lo interroga si llega diez minutos más tarde del trabajo, le revisa sus e-mails y sus llamadas telefónicas, se deprime ostensiblemente si es agradable con cualquier otra mujer, así sea su hermana. Ella añade por su parte que lo único que quisiera es volver a confiar. Pero que también, a pesar de sí misma, no lo puede lograr. Que se encuentra desconfiando, efectivamente revisándole bolsillos, llamadas. Que se odia porque considera indigna esa actitud, pero que de hecho se encuentra algunas veces controlándolo.

Es muy interesante constatar cómo, en nuestra cultura, se tiende a pensar que perdonar y olvidar o son lo mismo o van necesariamente juntos. Y eso definitivamente no es así. Los seres humanos no olvidamos los hechos emocionalmente significativos. Ni

los buenos, ni los malos. Quedan dentro de nosotros como parte de nuestra historia de experiencias previas. Y una manera eficiente de generar heridas en una relación de pareja que no cicatricen más es el *hacer sinónimos perdón y olvido*, porque no podemos olvidar. Por lo tanto, si pensamos que es lo mismo, no perdonamos. Significa, a su vez, que no hemos perdonado ninguna de las veces que hemos dicho que hemos perdonado. Y se van sumando rencores. Porque todo aquello que hemos decidido perdonar en nuestra historia de interacciones con el otro, pensamos que ha sido equivalente a sacarlo de nuestro ser. Y como sigue presente dentro de uno, se le sigue pasando la cuenta al otro por el hecho en sí. Pero, además, se le pasa la cuenta porque, queriendo uno perdonar, lo que el otro hizo fue tan destructor, que todavía está presente dentro de uno.

Si perdón y olvido fuesen lo mismo, o fuesen de la mano, no existiría el perdón, sólo existiría el olvido. Uno no perdona algo o a alguien que no tiene existencia; el olvido es la no existencia en el espacio emocional. Uno perdona algo o a alguien presente en el espacio emocional. Cuando uno otorga un perdón lo otorga desde el reconocimiento de la presencia del dolor que el otro ha causado con alguno de sus actos. Y uno está en el derecho de decidir perdonar o no perdonar.

Perdonar es una opción. Uno decide si perdona, cuándo perdona, cómo perdona. Implica la posibilidad de seguir con el otro, a pesar del error que el otro cometió, optando por creer que no se repetirá. Implica sentirse capaz de asumir el dolor que el otro causó y de guardarlo como un arma de guerra presente de por vida. Implica aceptar que "perdonar" no es "olvidar". Implica que llega un momento en que se cierra el interrogatorio sobre el tercero o tercera involucrado; que, una vez sintiendo que el otro está con uno nuevamente en su lealtad, seguir con la puerta del interrogatorio abierta es o seguir en el castigo hacia el otro o sentir que "como no he olvidado y debiera haber olvidado necesito aún tener más información".

Perdonar es una opción libre. Perdonar no es olvidar.

La opción de perdonar se traduciría en la práctica de tal manera que en toda la interacción futura de la pareja no se usara la "infidelidad perdonada" ni nada que se relacione con esta como un argumento intencional en ningún aspecto de la relación.

A partir de nuestra experiencia clínica, consideramos que existe otro error en la percepción que nuestra cultura tiene del acto de perdonar. Usualmente se invita a quien ha sido objeto de un acto que requiere ser perdonado, que tenga una actitud generosa y que motivado por esa generosidad decida perdonar. Esto es, que el perdón es un acto generoso del que perdona. Sin embargo, lo que observamos en este contexto es que, con mucha facilidad, esta "generosidad" a que la persona a perdonar es invitada ("sé bueno/a; perdónalo/la"), es vivida por esta como una ingenuidad, casi como una estupidez. La reflexión espontánea que muchas veces está presente en quien sufre la infidelidad es: "Quiere que lo/la perdone después de haber tenido su aventura, de pasarlo bien, de vivir lo que vivió sin pensar en mí, y yo el/la ~~tanto~~ estoy dispuesto/a a perdonar...".

Por el contrario, si nos hacemos cargo de que perdonar es el único instrumento del que dependemos los seres humanos para verdaderamente reparar una relación, nos tenemos que hacer cargo también de que si tomamos esta opción es porque, los beneficios para nosotros, para mí, de poder reparar la relación mayores que los costos

de perderla o mantenerla deteriorada, poder perdonar, no como un acto de bondad o generosidad hacia el otro, sino como un acto motivado por una libre elección de asumir el costo emocional que tuvo esa infidelidad, como consecuencia de mi deseo de mantener la relación.

¿Y la confianza? ¿Qué puede hacer el/la infiel para que el otro pueda recuperar la confianza? Sin duda, el factor importante. La persona que ha sido infiel puede llevar a cabo muchas conductas reparatorias para reasegurar al otro en cuanto a su relación. No necesitará hacer uso de mucha imaginación para darse cuenta de la necesidad que el otro tiene de sentirse seguro respecto de su amor, de su lealtad y compromiso. Sin embargo, muy claramente esta situación tiene un límite. La confianza también es una opción, una decisión personal. Nadie nunca nos puede estar mostrando o demostrando minuto a minuto que está siendo leal. Eso es imposible. No hay relación que resista algo así, y a nivel práctico en la vida cotidiana, tampoco es posible.

Cuando uno confía en alguien es, en último término, porque uno escoge confiar. Más aún, en el diario vivir se dice que uno "deposita" la confianza, muchas veces sin que el otro haya hecho nada consciente para ganarla. Hay personas que, producto de una infidelidad, deciden no perdonar ni optar por confiar en su pareja de nuevo. Probablemente, este sea el término de la relación. Hay otras personas que, aunque decidan optar por perdonar, esta es una declaración prematura porque el dolor, la rabia y la humillación *siguen* ocupando un primer plano en la relación. El deseo que impera es castigar al otro. Y el castigo emerge a través de esta incapacidad de confiar, con todo lo que esto implica para el otro.

Perdón, castigo y reparación

Nosotros, adultos, muchas veces consideramos vergonzoso y muy primario reconocernos enrabados, dolidos y con ganas de que el otro pague algún precio por aquello que nos ha hecho. En la privacidad de la consulta nos encontramos con esta contradicción una y otra vez: el deseo de que el otro pague de alguna manera *lo* que nos hizo y, a la vez, la vergüenza de reconocerlo. "Es muy fácil pedir perdón..."

Y esta contradicción muchas veces no le permite a la víctima de la infidelidad asumir con claridad su rabia y su pena y sus ganas de no perdonar todavía.

La situación es más clara y el proceso evoluciona más fácilmente hacia la sanación, cuando se asume la rabia y la pena, y el *deseo* de no perdonar todavía; las ganas de que el otro asuma un costo. Permite mirar también con mayor claridad que este proceso reparatorio por parte del otro debe tener un principio y un fin; no puede el otro pasarse la vida reparando porque entonces no se trataría de una relación de pareja sino de una víctima y de un victimario.

Uno opta por perdonar cuando decide que quiere perdonar. Y este perdonar necesariamente tiene que ir acompañado de la opción, nuevamente, de confiar. Y el perdonar y confiar no son olvidar. Y el recordar, habiendo perdonado y habiendo entregado la confianza, no es traer el recuerdo doloroso a la conversación para volver una y otra vez a castigar. El castigo terminó. El recuerdo quedó. Y queda mientras queda. Y puede que el recuerdo siempre quede. Lo que va disminuyendo a lo largo del tiempo y con los buenos momentos es la carga emocional que marcaba ese recuerdo.

Fidelidad, infidelidad, mentira

Hemos dicho una y otra vez que cada pareja es un mundo particular. En consecuencia, el concepto de fidelidad-infidelidad también varía enormemente de una pareja a otra. Veremos a continuación diferentes definiciones relativas a lo que cada pareja considera infidelidad. En todas ellas, excepto en el caso de Josefina y Rafael, el contrato de fidelidad es consensual. Las distintas parejas definen aquello permitido y aquello no permitido en forma diversa, pero todas ellas, excepto una, comparten dentro de su relación, precisa y claramente, un mismo entendimiento en cuanto a lo que ellos consideran ser fieles.

Antonia, el día lunes se encuentra por casualidad con Cristóbal a quien conoció el sábado en una fiesta donde ella estaba con Pedro, su marido. Se van a tomar un café, conversan largo rato, lo pasa muy bien y cuando llega en la tarde a su casa le relata a Pedro este encuentro. Él se muestra interesado por saber más de Cristóbal y comentan algún rato sobre la conversación y sobre la impresión que causó Cristóbal en Antonia.

Margarita, el día lunes se encuentra por casualidad con Gustavo a quien conoció el sábado en una fiesta donde estaba con Luis, su marido. Se van a tomar un café, conversan largo rato, lo pasan muy bien y cuando llega en la tarde a su casa no le cuenta nada a Luis, se siente nerviosa y culpable. Días después, Gustavo se topa con Luis, quien le comenta del encuentro con Margarita. Este último se siente traicionado por su mujer por el hecho de que hubiese salido con Gustavo y, además, por haberlo mantenido en secreto.

Rolando se sienta y llora desconsolado en mi consulta porque Pilar le confiesa que se había besado con Francisco.

Elena me cuenta que sabe que su marido se ha acostado con otras mujeres y que ella, en un par de ocasiones, ha hecho lo mismo, pero que han sido encuentros sin trascendencia en la medida que no ha existido ninguna relación amorosa con la otra persona.

Josefina tiene un íntimo amigo. Conversan largamente de teatro y poesía, de sueños y problemas. No se tocan, sólo se hablan. Rafael, su marido, le arma un escándalo cuando sabe que ha estado con él. A Josefina le han dado ganas de mentirle a Rafael para no tener problemas, pero no lo ha hecho porque entonces ella empezaría a sentirse como si estuviera siendo infiel y, por supuesto, no es así.

El concepto de fidelidad tiene muchos caminos posibles de recorrer. El primero al cual me voy a referir es el de la fidelidad como un valor.

Quien considera la fidelidad como un valor personal, individual, guiará su conducta tratando de ser coherente con este valor, de la misma manera con que trata de ser coherente con muchos otros valores que cada uno tiene. Si esta persona es inconsecuen-

te consigo misma siendo infiel, muchas veces lo vivirá de igual manera que si fuese inconsecuente consigo misma en el ámbito de algún otro valor personal, por ejemplo, si esta persona tuviese como un valor para su vida el ser generoso y se pillara siendo mezquino en algunos de sus actos. Probablemente, su inconsecuencia valórica le producirá incomodidad, arrepentimiento, deseos de reparación y una alerta frente a su debilidad.

Sin embargo, la fidelidad se distancia infinitamente de los otros valores personales porque independiente de considerarlo un valor, es un contrato con el otro. Aun cuando uno lo estime o no lo estime como un valor personal, la pareja decide que un aspecto fundamental de su relación será ser fieles uno con otro. La infidelidad es un atentado a la relación porque quiebra un compromiso establecido así con el otro.

Iniciamos el análisis por este camino porque no han sido pocas las veces en que en las terapias individuales, tanto con hombres como con mujeres, emergen historias de relaciones paralelas. Estas son relatadas no como un problema de infidelidad en términos de estar conscientemente quebrando una promesa establecida con otro, y de lo que al otro le podría significar, sino como un problema de inconsecuencia a nivel personal. Lo viven como un conflicto de uno con uno mismo; como una incongruencia interna y personal porque "esta otra relación no toca mi relación de pareja".

Toda infidelidad, en aquellas parejas donde hay un contrato implícito o explícito de fidelidad, toca muy en primer lugar la relación con la pareja a la cual se le está siendo infiel. Es una tremenda ceguera o una racionalización priorizar la inconsecuencia intrapersonal.

Un segundo camino a recorrer es relativo a la necesidad de tratar el concepto de fidelidad con todo el cuidado que este requiere. Si se plantea un contrato de compromiso con el otro, se hace necesario estar seguros de que estamos entendiendo lo mismo por ambos lados. Muchas veces me toca ver situaciones en que un miembro de la pareja se siente dolido y defraudado por la conducta de su pareja, viviéndolo como una infidelidad, cuando de hecho el otro lo ha experimentado como una acción perfectamente lícita y normal. Las amistades privadas o los niveles de coquetería con otros son algunos ejemplos de esas áreas usualmente borroneadas en el espacio de conversación. Qué importante resulta entonces que, aquella pareja que considera como un aspecto central de su relación la fidelidad del uno con el otro, estén claros en que ambos entienden lo mismo en términos de compromiso mutuo. Así ocurre en el caso de Antonia y Pedro, de Margarita y Luis y, como veremos más adelante, de Rolando y Pilar. Cada cual sabía con precisión si estaba vulnerando o no el contrato de fidelidad con su pareja.

Otro aspecto importante de mencionar es la relación entre infidelidad y deslealtad. Son conceptos diferentes, pero tienen una íntima ligazón. Consideraremos como "lealtad" la confianza que cada uno tiene en que la relación de pareja estará siempre protegida por el otro. La vivencia de deslealtad, por lo tanto, es una emoción que no sólo produce un profundo dolor, sino la sensación de vulnerabilidad o pérdida de ese espacio único donde uno sabe que está con el otro y el otro con uno. Mencioné en un ejemplo anterior a Rolando, quien lloraba desconsoladamente porque Pilar se había besado con Francisco. Armando el puzzle de la situación con cuidado, y con Pilar presente, ella relata que, tal como le consta a Rolando, había tomado mucho trago, estaba sin Rolando, se empezó a sentir mal y, desgraciadamente, la fue a dejar Francisco a su casa porque no estaba en condiciones de manejar, y entre que Francisco la consolaba y le decía que era una mujer estupenda, se encontró besándolo. Estaba profundamente arrepentida de lo que había hecho, y sostenía que amaba a Rolando por sobre todo en el mundo. Qué distinto

emocionalmente es este caso a aquel donde la infidelidad implica una relación con quien se comparte la vida, historias, secretos... A la emoción de sentir al otro infiel se agrega la terrible emoción de sentir al otro desleal.

No quiero decir con esto que si la infidelidad no va acompañada con la vivencia de deslealtad, no pueda tener graves consecuencias. A Rolando podría haberle bastado este único episodio para que se destrozara su relación. Sin embargo, haber sentido a Pilar asumiendo con claridad su responsabilidad en el quiebre de una promesa mutua de fidelidad, su intenso deseo de que la perdonara y su explicitación y seguridad en términos de su lealtad al decir que ella está, estaba y siempre estuvo depositada en la relación, le permitió a Rolando creer y perdonar a Pilar.

En la historia de Josefina con su íntimo amigo no hay infidelidad. El marido de Josefina, Rafael, sabe de esta relación. Ella no la esconde, por lo tanto, no hay mentira. Él no sabe bien cómo decirle que no quiere que ella la mantenga aunque "no pasa nada entre ellos"; pero él sabe que sí pasa. ¿Qué es lo que pasa? Rafael siente que ella le es desleal; que está compartiendo con ese amigo espacios de su vida que él considera pertenecen al ámbito de la intimidad y complicidad sólo de ellos dos, que no son compartibles con otro, que está poniendo la relación con otro por sobre la de ellos dos.

El no hacer la distinción entre infidelidad y deslealtad puede originar situaciones dolorosas para uno de los miembros de la pareja, especialmente, por no saber muy bien cómo definir aquello que le pasa, con la consecuente dificultad de poder resolverlo. Esta situación se genera principalmente cuando esta dolorosa vivencia, no reconocida por el afectado/a como deslealtad, surge como consecuencia de la relación de su pareja con un amigo común, con una amiga, con sus padres, etc. Muchas veces, la emoción de quien está sufriendo, se la explicita a sí mismo como "celos" de la amiga, amigo, padres. Pero, al mismo tiempo, se siente estúpido por sentir celos de esas personas en la medida que los celos se entienden como producto de un temor frente a la posibilidad de la pérdida de su pareja. Lo que de hecho le ocurre y no puede definir con precisión es que su pareja está compartiendo con otro, otros, algo que él considera le pertenece a aquel espacio único de intimidad y complicidad que, desde quien sufre, sólo se considera compartible dentro de la relación y con nadie más.

Las consecuencias de la infidelidad y la deslealtad son de un alto costo para la pareja. La infidelidad puede producir un intenso y abrupto quiebre de la relación. La deslealtad, en cambio, tiende más bien a expresarse como un proceso que va corroyendo la relación paulatinamente.

Cómo entender la dinámica de la infidelidad

En primer lugar, quisiera insistir en que cada pareja tiene su propia definición emocional de infidelidad, por lo tanto, cada cual sabe cuándo está siendo o le están siendo infiel. Si esta definición es confusa porque cada cual está entendiendo algo diferente, y en este ámbito surgen problemas, no se vivirá como un conflicto de infidelidad sino como uno de deslealtad. Esto, debido a que la conducta reprobada por el otro no será vivida por el actor como ilegítima, vale decir, no será experimentada por este último desde el ocultamiento o la mentira.

Volviendo entonces al concepto propiamente tal de infidelidad, el porqué se genera

puede deberse a infinitas explicaciones alternativas. El hombre o la mujer deciden tener encuentros paralelos circunstanciales como una defensa a la entrega amorosa con su pareja o por un triste afán de necesitar una alimentación constante del ego (vale decir, se es a la base inseguro), o como consecuencia de dejarse llevar en un momento determinado por la vivencia de placer, suspendiendo cualquier otro análisis, o como un escape a la sensación de vida chata y poco excitante, etc. La infidelidad mantenida a lo largo del tiempo con una misma persona más bien habla de un desamor dentro de la relación de pareja o, al menos, de una intensa frustración de las expectativas dentro de su relación, y de una evasión a enfrentar el problema en el espacio desde donde este emerge.

Usualmente, cuando se establece una relación de "amantes", a lo largo del tiempo, aquello que pudo haber partido como un encuentro básicamente sexual se amplía a la dimensión de un conversar que permite satisfacer la necesidad de escuchar y sentirse escuchado, compartir, entender, regalinear. Todas las anteriores dimensiones que probablemente pertenecieron a las expectativas con que la pareja inició su relación pero que o no surgieron o se fueron frustrando.

Lo que será vivido como un acto de infidelidad dependerá, como ya hemos visto, del entendimiento con que funciona la pareja en su consenso interno. Cualquier acto de infidelidad, por irrelevante y sin importancia que lo considere el actor de esta, tiene consecuencias dentro de la relación por el mero hecho de quebrar un compromiso, lo que incide en la confianza básica que el otro tiene depositada en uno.

Por último, sólo quisiéramos agregar que, efectivamente, siendo el acto infiel una opción y responsabilidad personal de quien lo lleva a cabo, esta se hace posible a partir de algún vacío dentro de la relación. Puede implicar desde el no poder confrontar en la relación temáticas relevantes como, por ejemplo, que un miembro esté demasiado involucrado en su rol parental y en la vida familiar y el otro quiera que se consideren también espacios de pareja; o el enfrentar el temor a comprometerse, con la consecuente pérdida de libertad, pudiendo llegar a un polo extremo cual es la autonomía de la vida dentro de la relación, producto de un desamor, situación irrecuperable. Sea lo que sea, enfrentar este vacío dentro de la relación misma abre la puerta hacia una resolución; resolución que puede implicar la pérdida de temores; resolución que puede implicar la recuperación del compartir y el placer; resolución que puede significar la constatación del desamor y el término de la relación.